

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20 » » » » 1 pta. » »	
100 » » » » 5 » » »	
500 » » » » 25 » » »	
1000 » » » » 50 » » »	

«Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO A SUS DISCÍPULOS)

Tirada del presente número:
7.400 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE.—Gijón.

El amo esclavo

I

Era una fría noche de 1643, y los barrios más lejanos de París se hallaban enteramente desiertos.

Pasaban por una calle dos hombres, uno de ellos envuelto en una ancha capa, con un sombrero de canal que le guarecía de la nieve. Llevaba bajo el brazo un ligero bulto cubierto con un pliegue de su capa parda.

Su acompañante llevaba el traje de la gente del pueblo, y como el vestido popular de aquella época, por su forma y su anchura, se acercaba mucho al traje musulmán, no chocaba una especie de turbante que llevaba por gorra.

De repente viéronse acometidos por dos criminales apostados en una encrucijada; uno de los cuales, lanzándose de un salto, cogió al hombre de la larga capa por el cuello, y lo sujetó con extremada violencia.

Empero en el mismo instante fué detenido su brazo y oprimido con tal fuerza, que tuvo que echarse atrás, soltando su presa.

Al mismo tiempo su compañero dió un sordo grito, y cayó en tierra.

El hombre del turbante, viendo a su amo acometido, con una mano había cogido del brazo al primer agresor y de un puñetazo asestado en el pecho había derribado al otro, sujetándole con una rodilla y apretándole con las manos la garganta. Sin duda lo hubiera ahogado, si una viva exclamación del hombre de la capa no le hubiera contenido.

Contúvose, en efecto, murmurando en voz baja:

—Es igual... Dios justo castigará a los malvados que han osado poner sus manos sobre Vicente de Paúl.

Los bandidos se estremecieron bajo las manos que los sujetaba, y con ojos a la vez asustados y curiosos se volvieron hacia aquel cuyo nombre acababa de pronunciarse.

—¡Vicente de Paúl!—dijo uno de ellos a media voz.—¿De veras está aquí Vicente de Paúl?

—Si lo hubiésemos sabido—murmuró el otro—ni el *Buitre* ni yo hubiéramos dado un paso.

—No, replicó el primero, aun cuando fuese un tesoro lo que llevase bajo la capa.

El digno sacerdote reflexionó un momento y dijo:

—Kara-Muna, suelta a esos dos hombres.

El hombre del turbante se levantó en seguida.

—Kara Muna—añadió Vicente de Paúl—ve a ponerte junto a aquella pared; cruza los brazos y no te muevas, suceda lo que suceda.

Luego dijo a los bandidos:

—Aquí me tenéis sin defensa y a merced vuestra: he dicho a ese hombre que permanezca inmóvil, y me obedecerá. ¿Qué queréis de mí?

—Pues no podemos pedir cosa alguna, dadnos vuestra bendición.

—No—dijo Vicente de Paúl—mi bendición pertenece a los fieles; vosotros no sois de ese número.

—Es verdad—dijo el otro bandido.

—Pues bien; dadnos vuestro perdón por lo que hemos hecho esta noche.

—Sí—añadió su compañero—seremos más felices que si os hubiésemos quitado la maleta que lleváis bajo vuestra capa.

—En cuanto a eso—respondió Vicente de Paúl,—consiento en ello. Os concedo mi perdón, y Dios es testigo de que es sincero. Por lo que hace a mi maleta—continuó sonriendo—no os hubiera enriquecido mucho; mirad.

Y dejó caer el pliegue que cubría el bulto.

—¡Dios mío!—exclamaron los bandidos;—¿es posible? ¡Una criatura!

—Sí—replicó el sacerdote—un pobre niño... un niño del pueblo, como vosotros, que hubiera sido como vosotros entregado al abandono y a la miseria, y que hubiera también sin duda caído en el abismo en que os

halláis... Porque yo veo bien, pobres extraviados, que es la falta de socorros para el cuerpo y para el alma lo que os ha perdido... Os perdono con todo mi corazón.

Después levantando la voz, dijo:

—Ahora ven, Kara-Muna.

El silencioso criado vino a reunirse con su amo y los dos se alejaron.

Dirigiase a la calle de San Víctor, donde se hallaba el hospicio de los expósitos. Al llegar allí el ruido bien conocido de sus pasos, una multitud de frescas y argentinas voces repitieron con acento indecible:

—¡El padre Vicentel... ¡El padre Vicentel...

Todas las Hermanas de la Caridad salieron a recibirle.

Presentó a las Hermanas el niño que traía debajo de su capa.

—¡Un angelito!—dijeron todas.—¡Qué hermoso!, ¡qué fresco es!, ¡y está durmiendo!

—Sí—dijo Vicente—bien chillaba sobre la piedra fría en que lo he encontrado, pero después que lo cogí en mis brazos, comprendió que se hallaba en lugar seguro y que podía tranquilamente dormir.

El sacerdote entregó el niño a una de las Hermanas, y bien pronto tuvo su camita y sus pañales de lienzo blanco.

II

Vicente de Paúl, cuando era todavía un sacerdote muy joven, hallándose a bordo de un buque que bogaba hacia Narbona, fué atacado y cogido cautivo por un bergantín pirata.

Fué vendido primero a un pescador, después a un sabio alquimista que quería enseñarle a hacer oro, y que murió en breve, y después a un rico habitante de Túnez dueño de muchos feudos o *tenars*.

Este le dió la dirección de una de sus fincas inmediata a las ruinas de Cartago, y Vicente vivió tres años entregado a las faenas del campo. Al cabo de este tiempo vino el amo a vi-

sitar sus posesiones, y quedó asombrado del estado floreciente de las tierras, del orden, buen porte y obediencia de los esclavos.

Después de pasar algunos días en aquel sitio, iba a volver a Túnez, cuando una noche, atravesando un bosque de laureles, oyó una voz de una melodía inexplicable y que le era desconocida.

Era aquel hombre de una naturaleza mediatunda, exaltado y más inclinado que la mayor parte de los orientales a poblar de pensamientos su muelle ociosidad.

Al mismo tiempo era severo, imperioso con los suyos, duro con sus esclavos, animado de un orgullo incontrastable para dominar.

Tal era Kara-Muna. Penetrándole hasta el fondo del alma los sonidos que acababa de oír, miró a todas las partes y vió entre las últimas ramas del bosque a su esclavo Vicente, sentado a la orilla de una cisterna con sus compañeros de trabajo, cantando en medio de ellos con palabras extrañas y una música desconocida que los tenía asombrados.

El mismo Vicente de Paúl dice en una de sus cartas, donde refiere este incidente: «Cantaba con lágrimas en los ojos el cántico de los hijos de Israel cautivos en Babilonia.»

Kara Muna escuchó largo tiempo, y a la mañana siguiente quiso que su esclavo le hiciese oír a él solo aquellos cánticos que tanto le habían gustado.

Comenzadas estas conversaciones con las celestes melodías de los Salmos, se desarrollaron en sentido religioso y se prolongaron hasta que Vicente hubo iniciado a su amo, asombrado, en todos los misterios de la Religión cristiana. Entonces Kara-Muna, arrojándose a los pies de su esclavo, le pidió el Bautismo.

Más aún: cuando halló en el sacerdote que le había instruído una sabiduría de que la suya no era ni una sombra, tesoros de virtudes comparados con los cuales le parecían polvo sus riquezas, quiso que Vicente de Paúl fuese el amo, y él trocarse en su esclavo.

Vicente de Paúl aceptó la proposición con tanta sencillez como se le había hecho. Por primer acto de autoridad exigió a Kara-Muna, contra la intención de éste, que dejara toda su fortuna a sus herederos naturales, no llevando de Túnez sino lo más necesario para la vida.

Así fué como Vicente de Paúl volvió a Francia de su cautiverio. Desde entonces tuvo a su lado, no al esclavo como Kara-Muna continuaba en creérselo, sino al servidor entusiasta y decidido hasta la muerte, que le siguió a todas partes, en sus largas peregrinaciones, y le salvó en más de un peligro por las fuerzas iguales de su corazón y de su brazo.

El enfado de las madres

Aquí traigo mi chico a la escuela de una oreja, maestro don Pedro; que es malo, remalo, un diablo travieso. Yo misma me admiro cómo me detengo sin pegarle una felpa mayúscula, ¡que me tiene muy harta, don Pedro! —¡Vamos! cálmese usted, doña Tecla. ¡Si el niño es tan bueno...! —¡Que es tan bueno! ¡sil para freirme la sangre en el cuerpo! Hoy se me ha empeñado en marchar a la feria del pueblo. —¡Cosas de muchacho! —¡Cosas de pilluelo! Y vengan llorines... ¡Ay! señor maestro, pégueme de firme, arrímele recio, que es un diablo, que no hace otra cosa, que freirme la sangre en el cuerpo. —Ya sé... no es un ángel... Es algo travieso... Yo me alegro que usted me aconseje que a veces... —Es cierto, que a blando y sumiso no le ganan los mismos corderos. Pero al fin y al cabo ¡tiene tanto genio...! —Sí, señora, es preciso domarle con brida de cuero. —No, mire... el muchacho no es malo, don Pedro. Con razones y a buenas... ¡si viera! Es muy caballero; muy pundonoroso. Hoy, sin ir más lejos, quería unos dulces que me regalaban allá en el convento, Rabiaba, gruñía... ¡Por poco le pegó! Pero sólo le dije:—Manolo, mira bien, que papá está durmiendo. Si callas un rato, te daré los dulces, yo te lo prometo. Y por no despertar a su padre se quedó más callado que un muerto. —¿Y le dió los dulces? —¡Está claro!—(¡Está espeso!) Con que a ver, señorito, es preciso, que las cuentas los dos ajustemos, que a su madre la tiene enfadada. —¡Pero enfadadísima! hasta los cabellos. —Por eso es preciso propinarle un castigo muy bueno. —¡Bien gordo; bien gordo! Conque le tendremos de rodillas una hora en la clase. —¡Ay! señor maestro... ¡Como tiene las piernas tan débiles! Usted sabe que de pequeñuelo se tiró de una silla, rabioso porque le quitaron unos caramelos, y el pobre hijo mío, desde entonces, quedó neurasténico y... —¡Bueno! ¡Muchacho, esta tarde merienda a los perros! ¡Qué! ¿Lloras? ¡Magnífico! Me gusta saberlo. ¡Cuando quieras marcharte de feria...! —No, señor, no es eso: es que el pobre padece jaqueca, y dicen los médicos que es preciso que todas las tardes se meriende un poquito de queso... ¡Si es un ratoncito! ¡No llores, lucero! ¡Pobrecito! Si le contradicen le agarra un ataque tan fuerte de nervios y unas convulsiones... Ven, hijo, mi cielo! ¿Quién te quiere, pedazo del alma? ¡Ay, qué remonono! Te comiera a besos... ¿Que tú quieres marchar a la feria?... Pero has de ser bueno; que estoy enfadada, pero muy enfadada... don Pedro; hoy está malucho...

¡Y si tiene el ataque de nervios...! Pero ya mañanita a la escuela, hijo mío, que si no el maestro te pondrá de rodillas en clase, y le haré que te deje sin queso. —¿Conque al cabo se marcha de feria? —Como está malucho quiero distraerlo. —Adiós, doña Tecla; adiós, neurasténico. (Cuando tenga más años encima ¡pobre madre! verás lo que es bueno. Ella piensa que educa a sus hijos, sin saber que amamanta lobeznos).

P. ALBERTO RISCO.

(Del libro «Amor de madre.»)

En busca de una madre

El Párroco de un pueblo cercano a París refiere el hecho siguiente, el cual nos indica los medios de que se vale la Sma. Virgen para atraer a los inocentes y a la vez, iluminar y convertir a los pecadores.

Estando en la Catequesis, dice el abate N., vi el otro día un cordero, que no pertenecía al rebaño. Era un niño pequeño, pálido y demacrado que entró en la clase, se sentó en la punta del último banco y no me era desconocido del todo. Su rostro me recordó inmediatamente el del hijo de un obrero nuevo de la fábrica, hombre de ideas avanzadas, orador de taberna, difamador de sacerdotes, etc. El niño ¡parecía que estaba muy intranquilo, y no hacía más que mirar a todas partes y moverse, como si estuviera molesto en el banco. Yo me hice el desentendido como si no hubiera notado su presencia; más al terminar mis lecciones de doctrina, me dirigí hacia él, que se levantó, se quitó la gorra y me dirigió una mirada lánguida y triste. En su traje se echaba bien de ver que faltaba la mano de su madre.—¿Vas a la escuela? le pregunté. ¿Has oído hablar de Dios alguna vez? La única respuesta fué el silencio.

¿Y de la Sma. Virgen? añadí. El rostro del jovencuelo se animó de repente y éste me contestó, aunque con voz muy baja: Sí, he oído que los niños de la doctrina tienen una madre y que esta es la Sma. Virgen. Ella es la que me ha traído a este lugar. Y, a la vez que dos lagrimones rodaban por sus mejillas, añadió: ¡Tengo tanta necesidad de una madre...! Su exclamación me llegó al alma, y, apenas despedí a los discípulos, me volví hacia el extraño. Ven, le dije, te voy a llevar a tu madre, a una que hará las veces de tu propia madre. Le conduje a una capilla magníficamente adornada por las Hijas de María, y cuando vió a la Sma. Imagen coronada con una diadema de oro, rodeada de flores e iluminada por los rayos del sol, que penetraba por las ventanas, lleno de admiración y de alegría, exclamó: ¡Oh! ¡qué hermosa es! ¿Y usted cree, me preguntó nuevamente, que ella me recibirá como a hijo suyo? Mire, si tiene otro en sus brazos... ¡Quizá no me quiera, ni me necesite...! ¡Y yo tengo mucha necesidad de una madre...! sobre todo, desde que estoy enfermo...

¿Pues qué? ¿estás enfermo, niño? repliqué. El, poniéndose la mano en el lado izquierdo del pecho, dijo: «estoy enfermo de aquí; pero no es muy grave la enfermedad. Lo único que siento es que me ha prohibido el médico jugar con mis compañeros y asistir a la escuela. Tengo que estar en casa siempre solo y estoy muy triste y soy muy desgraciado. Mi papá me quiere mucho, pero siempre está fuera. Algunos me han dicho que todos los niños que asisten al Catecismo encuentran aquí una madre muy buena y muy poderosa, por eso he venido yo también. ¿Cree usted que la Sma. Virgen me querrá también a mí?—Sin duda alguna, querido niño, contesté. Pero has de hacer lo que

hacen los otros niños y es aprender la doctrina cristiana. Para ello toma este librito, y le entregué un Catecismo.—Mil gracias padre; le he de leer, dijo el niño.—Y cumplió perfectamente su palabra, por que no sólo leyó el Catecismo, sino que le estudió con tanta avidez que pronto llegó a la lección que daban los demás. Yo observé que cada día se iba poniendo más pálido, más delgado y que respiraba con bastante dificultad. Una mañana noté que su lugar que ocupaba en la escuela se hallaba vacío. Aun a riesgo de ser insultado por su padre, fui a su casa. Afortunadamente estaba solo el niño. Tan pronto como me vió, me enseñó el catecismo, que estaba debajo de su almohada, pues el niño estaba en cama.—Padre, me sé la lección; papá me ha ayudado a estudiarla.—¿Cómo? ¿es posible, querido niño? ¿Cómo ha sido eso?—Porque yo estoy débil; me duelen mucho los ojos y no puedo leer, y sentía mucho no poder aprender una lección. Papá, viendo que yo estaba intranquilo por esto, cogió el libro y leyó muchas veces hasta que lo aprendí de memoria. Padre, creo que me voy a morir muy pronto, así es que debo darme prisa a...

Me acerqué algo más al lecho del enfermo para consolarle un poco y evitarle la fatiga, al tiempo de hablar, cuando oí un suspiro, que me hizo volver la cabeza. Era el padre del niño, que había entrado en la alcoba, y se colocó a la cabecera del enfermo.—No llores, papá, dijo el pequeñuelo.—Me darás un gran consuelo, si me ayudas a estudiar mi lección de catecismo, como lo hiciste ayer, porque así podré hacer mi primera Comunión e irme al cielo. La Sma. Virgen quiere llevarme allá. Y tú ¿no quieres ir allí, cuando te mueras? El padre se tapó el rostro con las manos y no contestó. Yo me levanté y me marché sin que este me dijera una sola palabra. Volví el día siguiente y repetí mis visitas casi todos los días posteriores. Mi pequeño discípulo estaba cada día peor. Hizo al fin su primera Comunión en el mes de Mayo y murió como un santo.

Unos días antes de este triste, al par que consolador acontecimiento, la gracia había tocado el corazón del obrero quien ya estaba convertido. La Sma. Virgen había salvado a los dos. Después otros muchos obreros siguieron el ejemplo del nuevo convertido; y hoy el espíritu de la parroquia está completamente renovado, gracias a María, la Madre más amable, la más admirable, la más tierna y la más poderosa, de cuyo patrocinio nadie debe desconfiar.

La mujer del borracho

Una de las figuras de más relieve trágico de nuestras noches, es la medrosa y atormentada esposa del borracho.

Esta triste mujer surge de pronto, como una heroína de la tragedia griega; desmenada y temblorosa, en todos los antros, en todas las juergas, en todos los lugares donde los trasnochadores se emborrachan y riñen.

—¿Habéis visto a mi hombre?—pregunta con dejo de indefinible angustia.

A veces su hombre está allí, y ocurre la escena brutal y soez. Unos gritos, unas reconvenções, unas lágrimas y unas sonoras bofetadas que llenan de sangre el rostro de la pobre mujer.

La mujer del borracho no se enmienda. Todas las noches de todos los sábados se arroja del lecho donde lloran sus hijos y sale a la calle a la busca del hombre brutal. Se para en todas las esquinas y pregunta a todos los guardias:

—¿Le habéis visto hoy?

—¡Sí, por ahí iba con otros tres! ¡Hoy la ha cogido floja!

—¡Y el niño mayor muriéndose de calentura! ¡Ese hombre es un criminal!

Los guardias le aconsejan cariñosamente: No se ocupe de él, pues no lo merece. Váyase

a dormir, pues en las calles a estas horas nada bueno puede encontrar. Algunas veces ha intentado hacerlo, pero unos gritos en la calle le han hecho ponerse temblando en pie.

Alguno reñía en la taberna próxima. Y con ojos de fiebre ha visto al padre de sus hijos, sobre una mesa de operaciones, el pecho abierto por una puñalada.

La mujer del borracho no se enmienda. A caza de bofetadas conyugales sale todas las noches de los sábados, insistente y trágica como una fantasma de ultra tumba. Es familiar ya a todos los juerguistas. Cuando la ven aparecer dicen entre vaso y vaso: ¡Ya está ahí esa! ¡Nos va a dar la noche!

Y, ella asomando su perfil medroso desde el dintel, formula la obligada pregunta:

¿No habéis visto por aquí a mi hombre?

FLOK.

La espada y la pluma

No hay poder semejante ni comparable al de la pluma: los más hondos surcos abiertos por la espada en espantosas guerras, no tienen nunca la profundidad y trascendencia que los leves rasguños que la pluma hizo sobre el pergamino o sobre el papel. Las expediciones de Alejandro y su conquista del Asia; las guerras que acabaron con la ruina de Cartago; las empresas de Julio César en las Galias, en Grecia, en Africa, en España, con aquellas tremendas batallas de Farsalia y de Munda, que fueron puertas por donde se entró el imperio romano, las inundaciones sangrientas de los bárbaros, que hicieron trizas el mapa de Europa; las conquistas árabes, que amenazaron acabar con los restos de la civilización que perdonaron los bárbaros; y cuantas guerras, luchas, encuentros, batallas, choques e invasiones ha habido en el mundo, con ser tan grandes, con haber trastornado tanto los pueblos y la historia, no han influido tanto en ella como los incruentos trazos y rasgos de la pluma.

Pasa César el Rubicón, con atrevimiento no esperado y contra todos los agüeros; y la suerte de la República, que se jugaba en el paso de aquellas aguas, transformando a Roma y al mundo, no puede compararse con cualquier hazaña de la pluma manejada por un hombre de talento y genio. Aristóteles con su Física, su Política y su Metafísica ha conquistado más reinos que la espada tajante de su discípulo, el hijo de Filipo de Macedonia. Más daño causó el Corán en la civilización cristiana, que las depredaciones de Omar o las conquistas de Saladino. En nuestra historia ibérica, tan magnífica, tan grande y tan llena de hazañas caballerescas, echaron más lodo y amontonaron más nieblas las mentiras de protestantes y las envidias de pueblos extraños, lanzadas a la imprenta, que las armas de Condé, las depredaciones de Drake o las naves de Nelson; porque las espadas derraman la sangre, y los piratas roban islas o rebelan pueblos o acribillan a balazos los navíos, pero las mentiras, manejadas friamente y trazando manchas en el papel, desgarran la honra y maltratan la fama, que valen más que la sangre, que la vida, que las islas y que las naves.

Escribió Santo Tomás la Suma, y añadió al templo de Fe, portentosos sostenes, ante los cuales se estrellaron las arremetidas de los príncipes protestantes; la Imitación de Cristo ha llevado más almas al cielo, y la Guía de Pecadores, con las demás obras de nuestros místicos, han formado más santos, que súbditos han conquistado los más esforzados capitanes. ¿Quién no bendecirá la mano de aquel manco, que con tanta caridad ha repartido por el mundo la limosna del regocijo virtuoso, alegrando tristes, haciendo reír a los melancólicos, despejando rie-

blas y murrias, sembrando una ordenada y cristiana alegría en las almas bien acondicionadas, por arte de su «Don Quijote»? ¿Y quién, por caso contrario, no recordará con amarguísima pena los funestos frutos del Werther, manzana de bellos colores, cuyo jugo emborrachó y mató a tantas almas y segó en flor tantas vidas?

Tiene pues, señores, la pluma cierto género de omnipotencia; y su imperio es tan dilatado y su fuerza tan prodigiosa, que domina la tierra, señorea las naciones y da vida o mata, estando a su merced las almas y los cuerpos.

Y ahora digo yo: pues si el libro que se escribe hoy y se lee mañana, y por maravilla se vuelve a traer entre mancs, abre tan inmensos surcos en la vida del mundo, ¿qué no hará la labor diaria, la reja constante de arado del impreso, del escrito que entra en la casa periódicamente y cuenta lo que pasa en el mundo, y habla de cuanto se sabe, y se mete en la vida pública y privada, y fiscaliza por todas partes, y da su opinión en las cuestiones más arduas, y resuelve problemas intrincados, y todo lo huele, todo lo toca, todo lo oye y todo lo añasca?

¡El periódico! Esta es la palanca que buscaba Arquímedes para mover el mundo. El periódico quita el trabajo de discurrir, que para muchos es empresa más ardua que las doce famosas de Hércules; el periódico da hechas las opiniones, como si fueran zapatos ventureros; educa, malciertamente, de un modo incompleto, pero educa; a veces enseña, no siempre lo bueno, ni lo cierto, ni lo provechoso, pero al cabo enseña; y de una manera pertinaz, suave, irresistible, concluye por apagar el último resto de razón que queda a los lectores, que por la hoja cotidiana impresa truecan el siempre laborioso esfuerzo de pensar por cuenta propia.

(Del Discurso del Doctoral de Sevilla en los Juegos Florales de la Prensa Católica recientemente organizados por el Centro «Ora et Labora».)

Charla

—¿A dónde vas hoy a pasar la tarde?

—Primero a la procesión y luego al campo con mi mujer y con mis hijos.

—Apruebo lo segundo, en cuanto a lo primero...

—¿Qué?

—No lo veo adecuado a estos tiempos... Las personas serias se ríen de esas manifestaciones clericales.

—Si son serias las personas mal se reirán, y dado caso que se rían no nos demostrarán otra cosa con ello que ignorancia o perversión. ¿De cuándo acá puede ser objeto de risa o burla el que un católico acompañe a su Dios por las calles o a su Madre Santísima? ¿Te desdeñarías en acompañar en público a un amigo que aprecies? Pues no hay punto de comparación. ¿Sabes quiénes deben en estos casos ser censurados? aquellos que pudiendo no se atreven, por un *qué dirán* a manifestar en público su fe. Te veo irresoluto. ¿Qué?... ¿me acompañas?

—Francamente nunca me ví en esos llos y no me atrevo. Además que se ve cada tipo en las procesiones que

no quiero me tomen a mí por uno de tantos hipócritas.

—Está Dios para juzgar la intención de cada cual. Tu excusa no tiene fundamento. ¿Te cuidas si son o no hipócritas los socios de la empresa mercantil a que perteneces? Me dirás que en esta vas exclusivamente a tu negocio. Pues la práctica de la Religión es también negocio y el más importante y de beneficios más ciertos entre los que debemos tener en cuenta. Cada cual ha de responder de sus actos. ¿Vienes?

—No insistas, hoy no te obedezco, quizás otro día...

—Bien, pero voy a hacerte una advertencia. Si vas al Centro a presenciar por puro entretenimiento y curiosidad, el paso de la procesión y tuvieses a tu lado como la vez pasada a D. J. adviértele que se descubra como los demás espectadores, o se retire, con lo que, por lo menos, demostrará que tiene educación ya que no tenga fe. Permanecer cubierto donde todos están descubiertos es hacer el ridículo soberanamente.

—A mí me parece que es patentizar una incultura grosera, una intolerancia repugnante. Ya ves como aunque no voy en las procesiones y se trata de un consocio reconozco su falta de ciudadanía y no se la disculpo.

—¿No le advertísteis nada?

—Sí, pero se obstinó en su actitud.

—Con lo que no os hizo favor ninguno.

—Ya lo veo.

—Hay algunos como ese que no teniendo méritos propios con los que significarse aprovechan estas ocasiones para que se fijen en ellos las gentes y les crean unos *espritus fuertes*.

—¡Valiente modo de recomendarse!

—¡Dios nos libre si los tales fuesen algo! Cuando veo estos casos me acuerdo de aquella gran lección que dieron, hace muy pocos años, a algunos irreverentes, en Madrid, dos moros recién venidos de Melilla, quienes al encontrarse con una procesión se apartaron respetuosos, cruzando sus manos sobre el pecho e inclinando las cabezas hasta que el Santísimo hubo pasado. ¡Y mahometanos! Esto sí que es tolerancia bien entendida!

—Recuerdo yo otro caso que leí en un diario de información.

Se trataba de otra manifestación católica por el estilo y en tierra de infieles; cubrían la carrera tropas del emperador, no católicas por supuesto. Un oficial francés quiso atravesar las filas de los devotos, pero un soldado le contuvo diciéndole: ¿Sois católico? Sí, contestó el detenido. Pues entonces esperad respetuoso a que pase vuestro Dios, y si no lo fuéis entonces respetad las creencias de los demás y no las ofendais.

—Muy bien contestado, amigo. Por estas tierras hacen falta muchas lecciones de esas porque lo que es algunos están cerriles del todo.

Conque... ¿vienes?

—Me voy al Centro a convertir infieles.

Contra los mosquitos

Para ahuyentar los mosquitos, tómese un pedazo de alcanfor, de la tercera parte de un huevo de gallina, y evapórese, colocándolo sobre una vasija de lata y calentándolo sobre una lámpara; teniendo cuidado que no se inflame. El humo pronto llenará la habitación y ahuyentará los mosquitos, que no volverán, aunque se dejen las ventanas abiertas.

Dice el autor, que aprendió el secreto contra esa plaga, viviendo en las marismas de la Lusiana (Estados Unidos), donde pululan los mosquitos en todo tiempo. Durante algunos años la vida fue intolerable y no podía ni comer en paz. De repente hubo un cambio favorable. Ventanas y mosquiteros a menudo quedaban abiertos, y, sin embargo, era casi completa la inmunidad con respecto a los mosquitos. El criado explicó cómo ahuyentaba a los dípteros. Quemaba pedazos de alcanfor y usaba una preparación secreta que se llamaba sudakcilo. El alcanfor solo basta al objeto y solo necesita ser usado una o dos veces por semana.

Correspondencia administrativa

Sr. D. L. N.—Hosp. Mr. de Barcelona. Recibido su G. P. de 3 ptas para «carestía papel».—Muchas gracias y Dios pague.

Sr. D. B. S.—Ujo.—Pagó fin 1916.

Sr. D. J. G. C.—Recibidos sus 4 sellos de 0,15. Dios pague a V. soberanamente los sacrificios que se impone en bien de este papalito. El «triunfo» que nos comunica en su carta nos alegra en extremo.

Sra. D.^a E. S.—Madrid.—Pagó fin 1916 y muy agradecidos a su donativo de 4 ptas.

Imp. de Lino V. Sanguinés.—Gijón

Dr. Calisto de Rato y Rocas

Especialista en enfermedades del sistema nervioso.

Consulta mañana y tarde.

Corrida, 63, Gijón.

OBRAS TEATRALES

A propósito para Sociedades Obreras, Centros de Recreo y Colegios.

El Anarquista, (drama en 2 actos, 2.^a edición).

Mitin Socialista. Episodio en un acto.

Jauja. Juguete en 3 cuadros.

El Señorito. Sátira en 1 acto.

El Requeté. Jornada en 3 cuadros.

A peseta cada una. Pidiendo las cinco de una vez a 0.75 ejemplar. De venta en esta Administración.

Talleres de Construcción y Reparación de Maquinaria de

Saez, Pérez y Compañía

Barrio del Tejedor, Teléf. 453.—Gijón

Material completo para panaderías, chocolaterías y fábricas de curtidos. Fundición de bronce de todas clases, Robinería, Reparaciones de buques y maquinaria general.

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acebal, Rato y Comp.^a

FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJÓN

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cuecarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

:: MAURO ENTRIALGO ::

Agente de Negocios, matriculado

Gestión y despacho de toda clase de asuntos en las Oficinas públicas de toda España. Administración y compra-venta de fincas. Préstamos hipotecarios. Seriedad, actividad y reserva absoluta.

Despacho: San Bernardo, 96.—GIJÓN

FABRICA DE ORNAMENTOS Y ARTICULOS DE IGLESIA

de JOSE SALA BRUNET

calle de la Canuda, núm. 9.—BARCELONA

Csullas y ternos completos, de damasco y tapicería, desde lo más sencillo a lo más rico que se pida, tanto en tejidos como bordados.

Se bordan estandartes, banderas y túnicas para imágenes, en oro y sedas, a precios módicos y tan buenos como se deseen.

FUNERARIA DE

Hijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

—; Prontitud, esmero y economía :—